

## Codicia, riqueza y poder

Este capítulo empieza hablando sobre algo que les dolió mucho; referente al sufrimiento ocurrido durante la travesía a través de todo el camino hacia la tierra prometida. Vamos a encontrar una referencia sobre lo que ocurre con el pueblo, respecto a la promesa de Dios, de que habrían de prosperar. La cuestión es cómo queda la relación con Dios y con la vida cuando las cosas van bien y cuando las cosas van mal.

Deuteronomio 8:2-3 dice: “...Te acordarás de todo el camino en el desierto, por donde el Señor tu Dios te ha traído estos cuarenta años para afligirte y ponerte a prueba, y para saber lo que había en tu corazón, y si habrías de cumplir o no con sus mandamientos. El Señor te afligió, y te hizo sentir hambre, pero te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habrían conocido, para hacerte saber que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo lo que sale de la boca del Señor...”

Y en los versículos 4-9 encontramos que: “...En estos cuarenta años la ropa que llevabas puesta nunca se envejeció, ni se te han hinchado los pies. Reconoce en tu corazón que el Señor tu Dios te castiga del mismo modo que un hombre castiga a su hijo. En estos cuarenta años la ropa que llevabas puesta nunca se envejeció, ni se te han hinchado los pies. Reconoce en tu corazón que el Señor tu Dios te castiga del mismo modo que un hombre castiga a su hijo. Así que cumple con los mandamientos del Señor tu Dios, y ve por sus caminos, y témele. El Señor tu Dios te introduce en una buena tierra. Es una tierra de arroyos y aguas, de fuentes y de manantiales que brotan en vegas y montes; es tierra de trigo y de cebada; de vides, higueras y granados; es tierra de olivos, de aceite y de miel; es tierra donde nunca comerás el pan con escasez, ni nada en ella te faltará; es tierra cuyas piedras son de hierro, y de cuyos montes extraerás cobre”

El texto dice que el Señor los humilló, dejó que pasaran hambre, y después los sostuvo con el maná. Muchas veces, cuando pasamos por momentos difíciles, la mayor parte de las personas piensan que aquello a lo que generalmente llamamos problemas o tribulaciones, nos viene porque de alguna manera estamos pagando por nuestros errores y otras veces porque es un ataque satánico. Y en otras, no tiene ningún sentido y queda simplemente una especie de sensación de que vivimos un momento absurdo. Pero Dios dice que muchas veces el sufrimiento que estamos enfrentando procede de Él mismo.

El versículo 2, parafraseando dice que el Señor lo hizo con la finalidad de conocer sus intenciones, si querían obedecer sus mandamientos o no. Muchas personas solo están del lado de Dios en el momento de la bendición, en el momento de las cosas buenas, pero cuando viene la tribulación, cuando aparece el problema, la persona se aparta de Dios, mostrando que no tiene interés real en Él, sino solamente en las cosas buenas que puede darle.

Eso es semejante al hijo o a la hija que quiere de verdad a su padre o a su madre en contraposición del hijo y la hija que solamente anhelan los regalos, o tan solo los

recursos económicos; las cosas buenas que sus padres les pueden dar, en vez de amarlos de verdad. La cuestión es: ¿Amamos a Dios y entendemos que la bendición mayor “Es el propio Dios”? ¿O somos materialistas, personas apegadas apenas a las cosas que nos son dadas y nos olvidamos del Señor cuando nos hacen una oferta mejor? Dios a veces nos permite sufrir, tal como un padre disciplina a su hijo, para enseñarnos algo de mayor importancia.

Un poco más adelante, el texto habla ahora respecto a otro asunto que tiene relación con lo que ya vimos aquí. Una cosa es pasar por la tribulación y otra, ver cómo permanecemos en la relación con Dios. Fíjate en lo que dice el texto de Deuteronomio 8:10-14 “...Y comerás y quedarás satisfecho, y bendecirás al Señor tu Dios por la buena tierra que te habrá dado. ¡Cuidado! No vayas a olvidarte del Señor tu Dios, ni de cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos, que hoy te ordeno cumplir. No vaya a ser que luego de que comas y te sacies, y edifiques buenas casas y las habites, y tus vacas y tus ovejas aumenten en número, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tengas aumente, tu corazón se enorgullezca y te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, donde eras esclavo...” (RVC).

Los versículos Deuteronomio 8:15-18 dicen: “...y te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, lleno de serpientes venenosas, y de escorpiones, donde no había agua, y él sacó para ti agua de la roca del pedernal, y apagó tu sed; tu Dios que en el desierto te sustentó con maná, comida que tus padres no habían conocido, y te afligió y te puso a prueba, para finalmente hacerte bien. No vayas a decir en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi brazo me han hecho ganar estas riquezas.” Más bien, acuérdate del Señor tu Dios, porque él es quien te da el poder de ganar esas riquezas, a fin de confirmar el pacto que hizo con tus padres, como en este día”

Presta atención a la gran realidad y te fijaste en el peligro. Por eso es que hay situaciones en las que no recibimos todo lo que pedimos, porque corremos el riesgo de echarlo todo a perder. Dios, a veces, no nos da ciertas bendiciones materiales, porque no tenemos la suficiente madurez. Es como darle mil euros o mil dólares a un niño de 6 años y dejarle libre en un ambiente de consumo. El niño no sabría cómo lidiar con eso.

Muchas personas, al tener una vida materialmente bendecida, simplemente se olvidan de Dios, se vuelven orgullosas y creen literalmente en la idea que el texto apunta: ‘Mi capacidad y la fuerza de mis manos son las que recogieron toda esta riqueza’. Por lo tanto, Dios quiere que aprendamos a vivir correctamente, tanto en el momento de bendición, como en el momento de tribulación. No pienses que eso es un absurdo, o una locura y que Dios se olvidó de ti y ya no te ama. ¡No! ¡Dios nunca dejará de amarte! ¡Jamás! Dios conoce, en todo momento, lo que estamos pasando. Podríamos decir que ‘Dios permite que haga frío según nos podamos calentar’. Esto significa que Él no permite que suframos más allá de lo que podemos aguantar.

La tribulación es un beneficio para que entendamos los verdaderos valores de la vida y de la relación con el Señor. De igual manera, cuando la situación cambia, o el viento sopla hacia el otro lado y recibimos tribulación, tenemos otro desafío. En la tribulación no podemos reclamar, culpar a Dios ni desistir de la vida. Pero en la

bendición, tampoco podemos enorgullecernos, ni sentirnos súper poderosos y olvidarnos de Dios. Para que eso quede bastante claro, Deuteronomio 9:4-6, aun presenta una conclusión muy significativa para esas realidades: “...Cuando el Señor tu Dios los haya expulsado de tu presencia, no pienses en tu corazón: “El Señor me ha traído a tomar posesión de esta tierra por causa de mi justicia”; porque en realidad el Señor va a expulsar de tu presencia a esas naciones por causa de su impiedad. No es por causa de tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón, por lo que entras a tomar posesión del territorio de estas naciones. El Señor tu Dios las arroja de tu presencia por causa de su impiedad, y para confirmar la promesa que él mismo les hizo a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob. Debes saber que, si el Señor tu Dios te da posesión de esta bella tierra, no es por causa de tu justicia, pues lo cierto es que tú eres un pueblo muy obstinado.” (RVC)

Sea el pueblo de Israel, el pueblo cristiano o cualquier pueblo de cualquier parte del mundo, todos deben claramente entender que no reciben bendiciones divinas, a causa de sus méritos. Y el texto termina en Deuteronomio 9, contando una vez más el caso del becerro de oro para mostrar la fragilidad del pueblo en el momento de la inquietud, en el momento de la dificultad. La gran bendición, la gran sabiduría, no es tener cosas en la vida, ni simplemente ser bendecidos materialmente. La bendición es saber actuar correctamente en toda y cualquier situación. Sea que estés pasando por tiempos de bendición, o que estés en tiempos de tribulación, es en este momento, en el que descubriremos lo que realmente importa en la vida. La bendición más importante es nuestra relación con el propio Dios.